

llevando en frente de ella a la baronesa de Meinhold y a la pequeñuela señora Daste, en un landó; la señora de Teissière y la señora de Guende, en una victoria. En medio de aquellas señoras, Silvia y Laura de Aurigny se repantigaban sobre los almohadones de una magnífica carretela. Hasta la señora Michelin pasó, en el fondo de un cupé; la linda morena había ido a visitar el departamento del señor Hupel de la Noue; y, al regreso, habíasela visto en el Bosque en aquel cupé, al que confiaba en breve agregar una carretela descubierta. Renata distinguió asimismo a la marquesa de Espanet y a la señora de Haffner, las inseparables, ocultas bajo sus quitasoles, riendo con ternura, mirándose mutuamente a los ojos y tendidas una al lado de otra.

Luego pasaron los caballeros siguientes: el señor de Chibrey, en *mail*; el señor Simpson, en *dog-cart*; los señores Mignon y Charrier, más sedientos de dinero cada día a pesar de su ensueño de próxima retirada, en un cupé que dejaban al extremo de las avenidas, para hacer una pequeña caminata a pie; el señor de Mareuil, de luto todavía de su hija, mendigando saludos por su primera interrupción, lanzada el día anterior en el cuerpo legislativo, paseando su importancia política en el carruaje del señor Toutin-Laroche, que acababa nuevamente de salvar al Crédito vitícola, después de haberlo puesto a dos dedos de su ruina, y a quien el senado daba de día en día mayor importancia.

Y, como para cerrar aquel desfile, como última majestad, el barón de Gouraud se aplanaba al sol, recostado sobre dobles almohadones con que se guarnecía su coche. Experimentó Renata una sorpresa, una repugnancia, al conocer a Bautista, al lado del cochero, con su rostro blanco y su solemne ademán. El gran lacayo había entrado al servicio del barón.

Los sotos continuaban alejándose, el agua del

lago se irisaba, bajo los rayos del sol más oblicuos aún, la hilera de los coches prolongaba sus móviles resplandores. Y la joven, dominada también y arrastrada por tan regocijado espectáculo, dábase vaga cuenta de todos aquellos apetitos que se agitaban en medio del sol. No sentía indignación alguna contra aquellos comedores de desperdicios; pero los odiaba por su alegría, por aquel triunfo que los exhibía en pleno polvo de oro del cielo. Presentábanse soberbios y sonrientes; las mujeres se ostentaban, empolvadas y bien mantenidas; los hombres lanzaban vivas miradas, con embelesados ademanes de amantes afortunados. Y ella, en el fondo de su corazón, tan sólo sentía tedio, envidia sorda. ¿Era acaso mejor que los demás para doblegarse por tal modo bajo los placeres? ¿o eran los demás los dignos de alabanza por haber sido dotados con naturaleza más robusta que la suya? Lo ignoraba, apetecía nuevos deseos para empezar de nuevo la vida, cuando, volviendo la cabeza, distinguió, al lado suyo, en la acera que hay a lo largo de los sotos, un espectáculo que le desgarró el corazón con golpe supremo.

Saccard y Máximo andaban pasito a paso del brazo el uno del otro. El padre debió de haber ido a visitar al hijo, y ambos habían bajado, hablando, desde la avenida de la Emperatriz hasta el lago.

—Ya me entiendes—repetía Saccard—eres un bobo... Cuando se tiene dinero como tú, no se le deja dormir en el fondo de los cajones. Hay para ganar ciento por ciento en el negocio de que te hablo. Se trata de una colocación segura. Si así no fuera, no sería yo quien querría comprometerte.

Pero el joven parecía aburrido con tanta insistencia. Sonreía con su gracioso aspecto y dirigía sus miradas a los coches.

—Mira allá abajo aquella mujercita con vestido



color de violeta—dijo de repente.—Es una planchadora que ese animal de Mussy ha “lanzado”.

Ambos dirigieron la vista a la mujer con traje color de violeta. Luego Saccard sacó un cigarro del bolsillo, y dirigiéndose a Máximo, que fumaba, le dijo:

—Dame fuego.

Entonces se pararon un instante, frente a frente, acercando sus rostros. Cuando el cigarro quedó encendido:

—Mira—continuó el padre volviendo a cogerse del brazo del hijo, y apretándolo con fuerza bajo el suyo—serías un imbécil si no escuchases mis consejos. ¡Eh! ¿queda convenido? ¿Me llevarás mañana los cien mil francos?

—Bien sabes que yo ya no voy a tu casa—contestó Máximo mordiéndose los labios.

—¡Bah! ¡tonterías! es preciso que eso acabe de una vez.

Y cuando dieron algunos pasos más sin hablar palabra, en el instante en que Renata, sintiéndose desfallecer, hundía la cabeza en el almohadón del cupé, para no ser vista, un creciente rumor se dejó sentir a lo largo de la fila de coches. Los transeuntes se retenían en las aceras y se volvían, con la boca abierta, siguiendo con la vista algo que se acercaba. Oyóse un ruido de ruedas más marcado, los carruajes se apartaron respetuosamente, y aparecieron dos batidores vestidos de verde, con redondos casquetes, sobre los cuales saltaban borlas de oro, cuyos hilos volvían a caer en forma de cascada. Corrían, un tanto inclinados, al trote de sus grandes caballos bayos. Detrás de ellos dejaban un vacío. Entonces, en este vacío, apareció el emperador.

Iba en el fondo de un landó, solo sobre el asiento posterior. Vestido de negro, con levita abrochada hasta el cuello, llevaba un sombrero de copa alta, ligeramente inclinado y cuya seda brillaba. En

frente de él, ocupando el otro asiento, dos caballeros, trajeados con correcta elegancia, bien acogida en las Tullerías, permanecían serios, con las manos sobre las rodillas, con el mudo ademán de dos invitados a boda paseados en medio de la curiosidad de la multitud.

A Renata le pareció el emperador envejecido. Bajo los grandes bigotes retorcidos con cosmético, su boca se abría con más flojedad. Los párpados aparecían más pesados hasta el punto casi de cubrir los medio apagados ojos, cuyo color gris amarillo se turbaba más y más. Tan sólo la nariz conservaba su perfil seco, en el indeciso semblante.

Entretanto, mientras que las damas de los coches sonreían discretamente, los transeuntes unos a otros, se señalaban al príncipe. Un hombre grueso aseguraba que el emperador era el caballero que daba la espalda al cochero, a la izquierda. Algunas manos se levantaron para saludar; pero Saccard, que se había quitado el sombrero aun antes que los batidores hubiesen pasado, esperó a que el carruaje imperial se encontrase precisamente en frente de él, y entonces gritó con su potente voz provenzal:

—¡Viva el emperador!

El emperador, sorprendido, se volvió, conoció sin duda al entusiasta, y devolvió el saludo sonriendo. Y todo desapareció a la claridad del sol, las hileras de coches se volvieron a cerrar, y Renata ya no veía por encima de las crines de los caballos y por entre las espaldas de los lacayos, sino los verdes casquetes de los batidores, que saltaban con sus borlas de oro.

Permaneció un instante con los ojos del todo abiertos, henchidos con aquella aparición que le recordaba otros instantes de su vida. Parecíale que el emperador, al mezclarse en la fila de los carruajes, acababa de transmitir el último rayo necesario y de dar una significación a aquel desfile triunfal.



Entonces aquello era una gloria. Todas aquellas ruedas, todos aquellos hombres condecorados, todas aquellas mujeres con languidez tendidas, desaparecieron en los resplandores y en el rodar del landó imperial. Aquella sensación se convirtió en tan aguda y dolorosa, que la joven experimentó el imperioso deseo de huir de aquel triunfo, de aquel grito de Saccard que le sonaba aún en los oídos, de aquella vista del padre y del hijo, cogidos del brazo, charlando y andando a paso menudito. Con las manos apoyadas en el pecho como abrasado por un fuego interior, buscó remedio a sus males; así fué que con repentina esperanza de alivio y de saludable frescura, inclinóse hacia el cochero y le dijo:

—¡Al hotel Béraud!

El patio conservaba su frialdad de claustro. Renata dió la vuelta a los arcos, sintiéndose dichosa con la humedad que le caía sobre los hombros. Acercóse al tazón verde con el moho, y reluciente en los bordes por el desgaste, miró la cabeza de león medio borrada, con las fauces entreabiertas, que dejaban caer un hilito de agua por un tubo de hierro. ¡Cuántas veces ella y Cristina habían cogido aquella cabeza en sus brazos de chicuelas, para inclinarse y llegar al hilito de agua, cuyo helado chorro se perecían por sentir en sus manecitas! Subió después la gran escalera silenciosa y distinguió a su padre en el fondo de la hilera de vastas habitaciones; erguía su alta estatura y se perdía lentamente en la obscuridad de la antigua morada, de aquella altiva soledad en donde absolutamente se había enclaustrado desde la muerte de su hermana; y entonces Renata pensó en los hombres del Bosque, en aquel otro anciano, el barón Gouraud, que hacía rodar su carruaje al sol, echado sobre almohadas. Subió más arriba aun, tomó los corredores, las escaleras del servicio, haciendo el viaje a las habitaciones de las niñas. Cuando llegó a lo más

alto, encontró la llave en la cerradura, como de costumbre, grande llave llena de herrumbre, en que las arañas habían tejido su tela. La cerradura dejó oír su plañidero ruido. ¡Qué tristeza en la habitación de las niñas! Oprimiósele el corazón al encontrarla tan vacía, tan silenciosa, tan muda. Cerró la puerta de la pajarera, que se había dejado abierta, con la vaga idea de que por aquella puerta debieron de haber huído las alegrías de su infancia. Detúvose delante de las jardineras, llenas aun con tierra endurecida y agrietada como fango seco, y cortó con los dedos un tallo de rododendron; aquel esqueleto de planta, mezquino y lleno de polvo, era cuanto quedaba de sus vivientes canastillos de verdura. Y la estera, hasta la estera misma, desteñida, roída por los ratones, se extendía con melancolía de sudario que espera desde hace años la muerte prometida. En un rincón, en medio de aquella desesperación muda, de aquel abandono, cuyo silencio arrancaba lágrimas, encontró una de sus antiguas muñecas; todos los sonidos que emitía se habían escapado por un agujero de la cabeza de porcelana, continuaba sonriendo con sus labios de esmalte, sobre aquel flexible cuerpecito que parecía aniquilado con locuras de muñeca.

Renata se ahogaba en aquel mimado ambiente de sus primeros años. Abrió la ventana y contempló el inmenso paisaje. Nada sucio había en él; encontraba sus eternas alegrías, la eterna juventud del aire libre. Tras de ella el sol se debía poner; tan sólo veía los resplandores del astro al descender, dorando con suavidades infinitas aquella parte de la ciudad que tan bien le era conocida; era como la última canción del día, un estribillo de gozo que se adormecía lentamente sobre todo lo creado. Allá abajo, la estacada ofrecía reflejos de leonadas llamas, mientras que el puente de Constantina destacaba el negro encaje de sus cuerdas de fierro sobre la blan-



cura de sus pilares. Luego, a la derecha, las sombras del Mercado de los vinos y del Jardín de Plantas, formaban una gran laguna, con sus aguas estancadas y cubiertas de musgo, cuya verdosa superficie iba a perderse en las brumas del firmamento. A la izquierda, el muelle de Enrique IV y el de la Rapée enfilaban la misma hilera de casas, aquellas casas que las niñas, veinte años antes, habían visto allí, con las mismas manchas oscuras de cobertizos, con las mismas chimeneas rojizas de las fábricas. Y, por encima de los árboles, el apizarrado techo de la Salpetrière, azulado por el sol, le apareció de repente como un antiguo amigo. Pero lo que la tranquilizaba, lo que llevaba fresca a su pecho eran los dilatados ribazos grises, era sobre todo el Sena, el gigante, que veía venir del lejano horizonte, en derecha hacia ella, como en aquellos dichosos tiempos en que tenía miedo de verlo engrosar y de que subiera hasta la ventana. Acordábase de los amores de ambas hermanas para con el río, de su corriente colosal, del estremecimiento que les ocasionaba aquella agua mugiente, que se extendía cual inmensa sábana a sus pies, abriéndose alrededor y detrás de ellas, en dos brazos que ya dejaban de ver, y cuyas grandes y puras caricias seguían sintiendo. Eran ya coquetas y decían, los días de claro cielo, que el Sena se había puesto su hermoso traje de seda verde tachonado de blancas llamas, y que las corrientes, en que el agua se estremecía, ponían al traje encajes de raso, mientras que en lontananza, más allá del cinturón de los puentes, placas de luz ostentaban paños de tela color de sol.

Renata, alzando los ojos, miró el inmenso cielo, color azul pálido, que se abría ante ella y que se oscurecía poco a poco al desvanecerse el crepúsculo. Pensaba en la ciudad cómplice, en el resplandecimiento de las noches del bulevar, en las ardorosas tardes del Bosque, en los días pálidos y crudos de

los grandes hoteles nuevos. Después, cuando bajó la cabeza y dirigió una nueva mirada al apacible horizonte de su infancia, a aquella parte de ciudad burguesa y obrera en donde soñaba una vida de paz... una última amargura apareció en los labios. Con las manos juntas sollozó al aproximarse la noche.

En el siguiente invierno, cuando murió Renata de una meningitis aguda, su padre fué quien pagó sus deudas. La factura de Worms ascendía a doscientos cincuenta y siete mil francos.

F I N